

Quien incrédulo dello antes estaba,  
Teniendo allí el venir por desvario,  
A tan clara señal crédito daba,  
Helándole la sangre un miedo frio;  
Quién de pura congoja trasudaba,  
Que de Lautaro ya conoce el brio;  
Quién con ardiente y animoso pecho  
Bramaba por venir mas presto al hecho.

Villagrán enfermado acaso habia,  
No puede á la sazón seguir la guerra;  
Mas con ruegos y dádivas movia  
La gente mas gallarda de la tierra;  
Y por caudillo en su lugar ponía  
Un caro primo suyo, en quien se encierra  
Todo lo que conviene á buen soldado:  
Pedro de Villagrán era llamado.

Este sin mas tardar tomó el camino  
En demanda del bárbaro Lautaro,  
Y el cargo que tan loco desatino  
Como es venir allí le cueste caro:  
Dióse tal prisa á andar, que presto vino  
A la corva ribera del río claro,  
Que vuelve atrás en círculo gran trecho,  
Después hasta la mar corre derecho.

Media legua pequeña elije un puesto  
De donde estaba el bárbaro alojado,  
En el lugar mejor y mas dispuesto,  
Y allí por ver la noche ha reparado:  
Estaba á cualquier trance y rumor presto,  
De guardia y centinelas rodeado,  
Cuando sin entender la cosa cierta,  
Gritaban: «arma, arma, alerta, alerta.»

Esto fué que Lautaro habia sabido  
Cómo allí nuestra gente era llegada,  
Que después de la haber reconocido  
Por su misma persona y numerada,  
Volvióse sin de nadie ser sentido,  
Y mostrando estimarlo todo en nada,  
Hizo de los caballos que tenia  
Saltar el de mas furia y lozanía,

Diciendo en alta voz: «Si no me engaño,  
No deben de saber que soy Lautaro  
De quien han recibido tanto daño,  
Daño que no tendrá jamás reparo;  
Mas porque no me tengan por extraño,  
Y el ser yo aquí venido sea mas claro,  
Sabiendo con quien vienen á la prueba,  
Quiero que este rocín lleve la nueva.»

Diez caballos, señor, habia ganado  
En la refriega y última revuelta,  
El mejor ensillado y enfrenado,  
Porque diese el aviso cierto, suelta:  
Siendo el feroz caballo amenazado  
Acia el campo español toma la vuelta  
Al rastro y al olor de los caballos,  
Y esta fué la ocasión de alborotallos.

Venia con un rumor y furia tanta,  
Que dió mas fuerza al arma y mayor fuego;  
La gente recatada se levanta  
Con sobresalto y gran desasosiego:  
El escándalo tanto no fué cuanta  
Era después la burla, risa y juego  
De ver que un animal de tal manera  
En arma y alboroto los pusiera.

Pasaron sin dormir la noche en esto  
Hasta el nuevo apuntar de la mañana,  
Que, con ánimo y firme presupuesto  
De vencer ó morir de buena gana,  
Salen del sitio y alojado puesto  
Contra la gente bárbara araucana,  
Que no menos estaba acodiciada  
Del venir al efecto de la espada.

Un edicto Lautaro puesto habia,  
Que quien fuera del muro un paso diese  
Como por crimen grave y rebeldía,  
Sin otra información luego muriese.  
Así el temor frenando á la osadía,  
Por mas que la ocasión la comoviese,  
Las riendas no rompió de la obediencia,  
Ni el impetu pasó de su licencia.

Del muro estaba el bárbaro cubierto  
No dejando salir soldado fuera;  
Quiere que su partido sea mas cierto  
Encerrando á los nuestros, de manera,  
Que no les aproveche en campo abierto  
De lijeros caballos la carrera,  
Mas solo ánimo, esfuerzo y entereza,  
Y la virtud del brazo y fortaleza.

Era el orden así, que acometiendo  
La plaza, al tiempo del herir volviesen  
Las espaldas los bárbaros huyendo,  
Porque dentro los nuestros se metiesen,  
Y algunos por defuera revolviendo,  
Antes que los cristianos se advirtiesen  
Ocuparles las puertas del cercado,  
Y combatir allí á campo cerrado.

Con tal ardid los indios aguardaban  
A la gente española que venia,  
Y en viéndola asomar la saludaban  
Alzando una terrible vocería:  
Soberbios desde allí la amenazaban  
Con audacia, desprecio y bizarría;  
Quién la fornida pica blandean,  
Quién la maza ferrada levantando.

Como toros que van á ser lidiados,  
Cuando aquellos que cerca los desean  
Con silbos y rumor de los tablados  
Seguros del peligro los toreañ,  
Y en su daño los hierros amolados,  
Sin miedo amenazándolos blandean:  
Así la gente bárbara araucana  
Del muro amenazaba á la cristiana.

Los españoles siempre con semblante  
De parecerles poca aquella caza,  
Paso á paso caminan adelante  
Pensando de allanar la fuerte plaza,  
En alta voz diciendo: «No es bastante  
El muro, ni la pica y dura maza  
A estorbaros la muerte merecida  
Por la gran desvergüenza cometida.»

Llegados de la fuerza poco trecho,  
Reconocida bien por cada parte,  
Pónenle el rostro, y sin torcer derecho  
Asaltan el fosado baluarte:  
Por acabado tienen aquel hecho;  
De los bárbaros huye la mas parte;  
Ganan las puertas francas con gran gloria  
Cantando en altas voces la vitoria.

No hubiera relación deste contento,  
Si los primeros indios aguardaran  
Tanto espacio y sazón cuanto un momento,  
Que las puertas los últimos tomaran;  
Mas viéndolos entrar, sin sufrimiento  
Ni poderse abstener, luego reparan,  
Haciendo la señal que no debían,  
Hicieron revolver los que huían.

Como corre el caballo cuando ha olido  
Las yeguas que atrás quedan y querencia,  
Que allí el intento inclina y el sentido,  
Gime y relincha con celosa ausencia,  
Afloja el curso, atrás tiende el oído  
Alerto á si el señor le da licencia,  
Que á dar la vuelta aun no le ha señalado  
Cuando sobre los piés ha volteado:

De aquel modo los bárbaros huyendo  
Con muestra de temor, aunque fingida,  
Firman el paso presuroso, oyendo  
La alegre y cierta señal conocida;  
Y en contra de los nuestros esgrimiendo  
La cruda espada al parecer rendida,  
Vuelven con una furia tan terrible  
Que el suelo retembló del son horrible.

Como por sesgo mar del manso viento  
Siguen las graves olas el camino,  
Y con furioso y recio movimiento  
Salta el contrario coro repentino,  
Que las arenas del profundo asiento  
Las saca arriba en turbio remolino,  
Y las inchadas olas revolviendo  
Al tempestuoso coro van siguiendo:

De la misma manera á nuestra gente,  
Que el alcance sin término seguía,  
La súbita mudanza de repente  
Le turbó la vitoria y alegría;  
Que sin se reparar violentamente  
Por el mismo camino revolvió,  
Resistiendo con ánimo esforzado  
El número de gente aventajado.

Mas como un caudaloso río de fama,  
La presa y palizada desatando,  
Por inculto camino se derrama  
Los arraigados troncos arrancando,  
Cuando con desfrenado curso brama  
Cuanto topa delante arrebatando,  
Y los duros peñascos enterrados  
Por las furiosas aguas son llevados:

Con ímpetu y violencia semejante  
Los indios á los nuestros arrancaron,  
Y sin paralles cosa por delante  
En furiosa corriente los llevaron,  
Hasta que con veloz furor pujante  
de la cerrada plaza los lanzaron:  
Que el miedo de perder allí la vida  
Les hizo el paso llano á la salida.

De mas priesa y con piés mas desenvueltos  
Los sueltos españoles que á la entrada,  
En una polvorosa nube envueltos  
Salen del cerco estrecho y palizada:  
Entre ellos van los bárbaros revueltos  
Una gente con otra amontonada,  
Que sin perder un punto se herian  
De manos y de piés como podian.

No el alzado antepecho y agujeros  
Que fuera dél en torno habia cavados,  
Ni la fagina y suma de maderos  
Con los fuertes bejucos amarrados,  
Detuvieron el curso á los lijeros  
Caballos, de los hierros hostigados,  
Que como si volaran por el viento,  
Salieron á lo llano en salvamento.

Los españoles sin parar corriendo  
Libre la plaza á los contrarios dejan,  
Que la fortuna próspera siguiendo  
Con prestos piés y manos los aquejan;  
Pero los nuestros el morir temiendo,  
Siempre alargan el paso, y mas se alejan,  
Deteniendo á las veces flojamente  
La gran furia y pujanza de la gente.

Bien una legua larga habian corrido  
A toda furia por la seca arena,  
Solo Lautaro no los ha seguido,  
Lleno de enojo y de rabiosa pena:  
Viendo el poco sustento del mal regido  
Campo, tan recio el rico cuerno suena  
Que los mas delanteros lo sintieron  
Y al son sin mas correr se retrujeron.

Estaba así impaciente y enojado,  
Que mirarle á la cara nadie osaba,  
Y al pabellon él solo retirado  
Un nuevo edicto publicar mandaba:  
Que guerrero ninguno fuese osado  
Salir un paso fuera de la cava,  
Aunque los españoles revolvisen  
Y mil veces el fuerte acometiesen.

Después llamando á junta á los soldados  
Aunque ardiendo en furor, templadamente  
Les dice: «Amigos, vamos engañados,  
Si con tan poco número de gente  
Pensamos allanar los levantados  
Muros de una ciudad así eminente;  
La industria tiene aquí mas fuerza y parte,  
Que la temeridad del fiero Marte.

»Esta los fieros ánimos reprime,  
Y á los flacos y débiles esfuerza,  
Las cervices indómitas oprime,  
Y las hace domésticas por fuerza;  
Esta el honor y pérdidas redime,  
Y la sazón á usar della nos esfuerza;  
Que la industria solícita y fortuna  
Tienen conformidad y andan á una.

»Cumple partir de aquí muestras haciendo  
Que solo de temor nos retiramos,  
Y asegurar los españoles viendo  
Cómo el honor y campo les dejamos;  
Que después á su tiempo revolviendo  
Haremos lo que así dificultamos,  
Teniendo ellos el llano, y por guarida  
Vecina la ciudad fortalecida.»

El hijo de Pillán esto decia,  
Cuando asomaba el bando castellano  
Que con esfuerzo nuevo y osadía  
Quiere probar segunda vez la mano:  
Fué tanto el alboroto y alegría  
De los bárbaros, viendo por el llano  
Aparecer los nuestros, que al momento  
Gritan y baten palmas de contento.

En esto, los cristianos acercando  
Poco á poco se van á la batalla;  
Y al justo tiempo del partir llegando  
Dejan irse á la bárbara canalla,  
Que uno la maza en alto, otro bajando  
La pica, el cuerpo exento en la muralla  
Con animoso esfuerzo se mostraban,  
Y al ejercicio bélico incitaban.

Unos acuden á las anchas puertas  
Y comienzan allí el combate duro,  
De escudos las cabezas bien cubiertas  
Se llegan otros al guardado muro,  
Otros buscan por partes descubiertas  
La subida y el paso mas seguro:  
Hinche el bando español la cava honda,  
Y el araucano el muro á la redonda.

Pero el pueblo español con osadía,  
Cubierto de fortísimos escudos,  
La lluvia de los tiros resistía  
Y los botes de lanzas muy agudos:  
Era tanta la grita y armonía,  
Y el espeso batir de golpes crudos,  
Que Maule el raudo curso refrenaba  
Confuso al son que en torno rimbombaba.

Por las puertas, y frente y por los lados,  
El muro se combate y se defiende;  
Allí corren con priesa amontonados  
Adonde mas peligro haber se entiende;  
Allí con prestos golpes esforzados  
A su enemigo cada cual ofende  
Con furia tan terrible y fuerza dura,  
Que poco importa escudo ni armadura.

Los nuestros acia atrás se retrujeron  
De los tiros y golpes impelidos  
Tres veces, y otras tantas revolviéron  
De vergonzosa cólera movidos:  
Gran pieza á la fortuna resistieron,  
Mas ya todos andaban mal heridos,  
Flacos, sin fuerza, lasos, desangrados,  
Y de sangre los hierros colorados.

El coraje y la cólera es de suerte  
Que va en aumento el daño y la cruera;  
Hallan los españoles siempre el fuerte  
Mas fuerte y en los golpes mas dureza;  
Sin temor acometen de la muerte,  
Pero poco aprovecha esta braveza:  
Que el que menos herido y flaco andaba  
Por seis partes la sangre derramaba.

Hasta la gente bárbara se espanta  
De ver lo que los nuestros han sufrido  
De espesos golpes, flecha y piedra tanta  
Que sin cesar sobre ellos ha llovido,  
Y cuán determinados y con cuánta  
Furia tres veces han acometido:  
Desto los enemigos impacientes  
Apretaban los puños y los dientes.

Y como tempestad que jamás cesa,  
Antes que va en furioso crecimiento  
Cuando la congelada piedra espesa  
Hiere los techos y se esfuerza el viento:  
Así los duros bárbaros apriesa,  
Movidos de vergüenza y corrimiento,  
Con lanzas, dardos, piedras arrojadas  
Baten dargas, rodelas y celadas.

Los cansados cristianos no pudiendo  
 Sufrir el gran trabajo incomportable,  
 Se van forzosamente retrayendo  
 Del vano intento y plaza inespugnable,  
 Y el destrozado campo recogiendo:  
 Vista su suerte y hado miserable,  
 Por el mismo camino que vinieron,  
 Aunque con menos furia, se volvieron.

Aquella noche al pié de una montaña  
 Vinieron á tener su alojamiento,  
 Segura de enemigos la campaña,  
 Que ninguno salió en su seguimiento.  
 Decir prometo la cautela estraña  
 De Lautaro después, que ahora me sienta  
 Flaco, cansado, ronco, y entre tanto  
 Esforzaré la voz al nuevo canto.



## CANTO XII

Recogido Lautaro en su fuerte no quiere seguir la vitoria por entretener á los españoles. Pasa ciertas razones con él Marcos Vaez, por las cuales Pedro de Villagrán viene á entender el peligroso punto en que estaba, y levantando su campo se retira. Viene el marqués de Cafiete á la ciudad de los Reyes en el Pirú.

Virtud difícil y difícil prueba  
 Es guardar el secreto peligroso,  
 Que la dificultad bien claro prueba  
 Cuánto es sano, seguro y provechoso,  
 Y el poco fruto y mucho mal que lleva  
 El vicio inútil del hablar dañoso:  
 Ejemplo los de Libico homicidas  
 Y otros que les costó el hablar las vidas.

Veránse por los ojos y escrituras  
 En los presentes tiempos y pasados  
 Crüeldades, ruínas, desventuras,  
 Infamias, puniciones de pecados,  
 Grandes yerros en grandes coyunturas,  
 Pérdidas de personas y de estados:  
 Todo por no sufrir el indiscreto  
 La peligrosa carga del secreto.

TOMO I

De los vicios el menos de provecho,  
 Y por donde mas daño á veces viene,  
 Es el no retener el fácil pecho  
 El secreto hasta el tiempo que conviene:  
 Rompe y deshace al fin todo lo hecho,  
 Quita la fuerza que la industria tiene,  
 Guerra, furor, discordia, fuego enciende,  
 Al propio dueño y al amigo vende.

Por esto el sabio hijo de Pillano  
 La causa á sus soldados encubria  
 De no dejar salir gente á lo llano,  
 Siguiendo la vitoria de aquel dia;  
 Y el retirado campo castellano  
 Seguro á paso largo por la via,  
 Como dije, la furia quebrantada,  
 Toma de la ciudad la vuelta usada.

15